

¿Que nos separa, dices, un abismo?
¿Que es imposible nada entre los dos?
¡Ah! ¡no hay abismos cuando se ama tanto!
¡Para volar tiene alas el amor!

Yo he leído contigo aquella escena
de la trágica y dulce Salammbó,
en que á Matho se entrega tremulante
en cuerpo y alma como al mismo Dios.

Allí el manto de Tánit es la dicha
porque es malla tejida por Amor. . . .
Matho es feliz y Salammbó dichosa;
¿por qué huyes de Matho, Salammbó?

Las estrellas miraron desde el cielo
por la entreabierta tienda aquella unión,
é iluminaron la cadena de oro
rota entre la penumbra por los dos. . . .

En medio del ejército enemigo
de la torva Cartago levantó
un himno epitalámico la vida;
para Hamilcar, de triunfo y de dolor.

Del bárbaro y la mística doncella
el manto de la diosa recogió

suspiros de placer y de esperanza
bajo el hálito ardiente de Moloch.

Y el guerrero genial la vez postrera
del reposo sintiéndose al calor,
descansó sobre el seno de diamante
de la trágica y dulce Salammbó.

Ella coge el puñal para inferirle,
nueva Judith, el golpe con valor;
pero, al moverse el héroe, la cuchilla
de sus trémulas manos se escapó.

En sus venas corría intenso fuego
y vibraban sus nervios; dulce són
produciendo en el alma enamorada,
nueva lira que el bárbaro pulsó. . . .

La fuga entre las llamas del incendio,
de la púnica errante del amor;
y Matho, sin el manto y sin su amada,
cual la cadena roto el corazón.

En los horrores de la roja sombra
de la matanza al hórrido clamor,
cómo el guerrero con fragor de bronce
sobre sus armas lánguido cayó. . . .

Y la brisa, en la tienda, enloquecida
al girar, repitiendo en derredor,
con un eco de fúnebre reproche,
¿por qué huyes de Matho, Salammbó?

Luego la muerte trágica de ambos.
¡Ay! todo te leí con emoción



que temblaba en mi voz entrecortada
por suspiros y lágrimas de amor.

Tú me miraste con los ojos fijos,
por ellos se asomó tu corazón,
y los míos clamaron, anhelantes,
¿por qué huyes de Matho, Salammbó?

Á LA SEÑORITA

JOSEFA MURILLO

Yo no te conocí. . . . pero dispersos
en las ondas del aire cristalino,
me sorprendieron, gráciles, tus versos
en la abrupta pendiente del camino.

Y absorto allí, con emoción extraña,
apuré conmovido su dulzura,
más dulce que las mieles de la caña
que en tu tierra natal el sol madura.

En las sutiles alas del ensueño
llegué á la margen del hinchado río
que acariciaba el platanar risueño:
un parasol del cafetal sombrío.

Oh, momento sublime en que las almas
á distancia se unen en la leda
corriente del espíritu; las palmas
me abanicaron con rumor de seda.

El sol estaba en el zenit; caía
sobre el florón del trópico radiante,
y en la apretada ramazón se oía
de la torcaz la nota sollozante.

De repente una ala sobre el agua;
una efímera estela en el remanso;
un soplo abrasador, soplo de fragua
interrumpiendo el lánguido descanso.

Un ave de la fronda desprendida
como una alada flor, una irisada
sonrisa de la luz en la pulida
coraza del insecto en la enramada.

Una queja lejana, un fugitivo
crujir de hojas en la brecha angosta;

y en todo, el beso del perfume vivo
de la enflorada lira de la Costa.

Y soñaba mirarte de azahares
ornada, en los umbrales de la vida,
llegar como una onda de tus mares
al seno de la playa apetecida.

Peró estalló la tempestad rugiente
y te arrastró en sus ráfagas el viento. . . .
Mas en mi alma tú no estás ausente,
Ofelia de las flores del talento.



A ELHA

Despega de tus labios la sonrisa,
esa sonrisa pálida, de hastío;
me causa pena, desencanto, frío,
como aguja de hielo en la cornisa.

Tus labios son para reir deveras
en explosión de auroras estivales,
como un sonar de plantas tropicales,
movidas por las brisas pasajeras.

Estás en plena floración de día,
el beso de rubí treme en tu boca,
enmascarado bajo la ansia loca
de fingir la letal melancolía.

Y en tus pupilas húmedas, veladas,
como dos gemas en la ojera presas,
arde, con el fulgor de las turquesas,
el fuego abrasador de tus miradas.



¡Eterna aspiración de alas abiertas
que por el ancho y azulado cielo
marchas fugaz, con levantado vuelo
tras las promesas del amor inciertas!

¿Qué buscas todavía en las desiertas
soledades del alma con anhelo,
si contemplaste estremecida al suelo
las esperanzas despeñarse muertas?

Mentira es el amor. Plega las alas,
por volar más allá luchas en vano,
y en vano triunfarás si el cielo escalas. . . .

La curva de tu vuelo soberano
con tu sangre en la tierra ya señalas,
águila herida por traidora mano.



ANHELO

El arte debe ser como una urna,
una idea, un amor ó una espada;
¡ay de los que profanan la Belleza,
aspiración eximia de las almas!

Si la arcilla se amolda entre tus manos
á la forma que sueña tu esperanza,
haz de la arcilla el símbolo supremo
de nuestras mudas y secretas ansias.

Si puedes penetrar en el profundo
misterio de los orbes, adelanta
el paso, y ciñe á tu combada frente
cual corona triunfal la vía láctea.

Si la emoción, la honda, la sublime
como una ola el corazón te alza,

yérquete como un dios y la hermosura
fecunda ante la tierra estupefacta.

Sé Aquiles, si en la guerra oyes el grito
de la voz interior que ¡guerral clama;
y encierra el mundo en círculo de hierro,
con el férreo remate de tu lanza.

Y si el verso, la inmensa frase rítmica,
te atrae acaso, acuérdate que es santa,
y no produzcas versos que no vuelen
cual Victoria inmortal de Samotracia.

Porque ultrajar la Santa Poesía
con estrofas sin música y sin alma,
y atentar de la Lira á los bordones
(de la Lira genial de Grecia ó Francia),
es como ser Eróstrato sin nombre
que no alcanzó á quemar templos de Diana,
que se abrasó á sí mismo delirante,
con su vil corazón hecho una ascua,
y vió rodar su mente en el espacio
como una escoria sin color ni flama.



Salió del baño tibio, y apresurada,
á la luz blanquecina de la alborada,
desató de sus hombros —en la postura
de Venus de Canova— su vestidura.

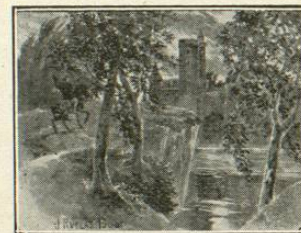
Se puso en pié, desnuda, blanca y esbelta,
cogió su cabellera rubia y revuelta
entre sus manos finas y temblorosas,
hechas como de nácar, jazmín y rosas;
movió sobre la alfombra sus pies pequeños,
como para las nubes de los ensueños;
oyó de un himno raro notas primeras
en la rotunda lira de sus caderas;
y ya frente al espejo, pálida y muda,
sonrió á su belleza por lo desnuda.

En su pecho temblaban, como botones
de flores tempraneras, sus dos pezones;
y entre la transparencia del albo seno,
al fin corrió el deseo como un veneno.

Soltó de sus cabellos la onda de oro,
un haz de luz naciente sobre un tesoro;
golpearon al aire sus manos blancas,
sus lágrimas corrieron sueltas y francas,
el azul de sus ojos se obscurecía;
¿por qué lloraba tanto? no lo sabía.

Sintió calor de hoguera y luego frío;
y en sudor emperlada como en rocío
cayó sobre la alfombra hecha una estatua....

Era una niña buena, no era una fatua;
era la vez primera que sin consejo,
su cuerpo desnudaba frente al espejo.



ANÚBADAS

Á José A. Castellón.

I

No esquives en los brazos del epicureísmo
los riesgos del combate que libran bajo el sol
el Bien y el Mal, suspensos en medio del abismo,
llevados por el viento, que rueda en la vorágine
y vuelca sobre la onda, su enorme caracol.

Retira de tus labios el rebosante cálice,
aparta tus miradas del lecho y del festín.
Los anchos horizontes se pintan, á lo lejos,
con vivos resplandores, matices y reflejos,
que bordan de la vida la deslumbrante clámide.
¡Sús! Á la lucha surge, sublime paladín.

II

Empuña vigoroso la centelleante espada;
arroja de tu frente las flores del Amor;
emplaza á la Victoria, de rayos coronada;
unge con óleo nuevo tus adormidos músculos,
y lánzate á los campos, abiertos, del honor.

Al cárdeno reflejo del matinal crepúsculo,
con hierro de la sangre del enemigo infiel,
en yunque de los cíclopes, fabricate un acero;
y rompe entre sus filas el ánimo altanero,
convierte sus ciudades en un inmenso túmulo
y asiéntate en sus ruinas ornado de laurel.

III

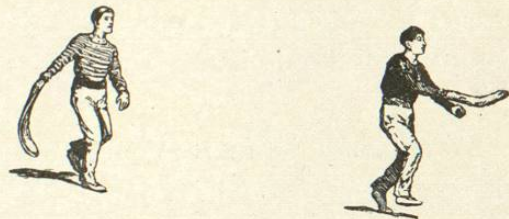
No es de hombres generosos, sino de hembras propio,
el ritmo de la hamaca, la lúbrica canción.
Deja los besos pálidos, fatídicos, del opio
y la mortal morfina, insaciable prónuba,
que seca el pensamiento y apaga el corazón.

Del tedio voluptuoso rompe la impura cópula,
destila bien tu alma en límpido crisol.
Ya asoma en el Oriente la luz de la mañana,
retíñense las cumbres de ópalo y de grana;
pagastes á los dioses somníferos la espórtula.
¡Oh! vuélvete á la vida, como al espacio el sol.

IV

El dios de las batallas será siempre propicio
á tus empresas. ¡Alza! La nota del clarín
anuncia en tus oídos el épico epinicio.
Desátate á los brazos de ninfas y de vírgenes
y lánzate á la lucha, sublime paladín.

Despiértate, Mahoma, recuerda tus orígenes,
difunde tu alma heroica por el espacio azul.
Despliega tus pendones y atónita la tierra
se agriete bajo el peso terrible de la guerra.
Ciñe el arnés luciente, monta el corcel alípede.
Si no rueda al abismo la trágica Stambul!



EDER JAI.

A D. Mápula.

Á rayas rojas la camiseta,
blancos sandalias y pantalón,
no corre, vuela como saeta,
tras la pelota por el frontón.

Cuando en el saque falaz la arroja
al adversario color azul,
arde en el aire su boína roja
como aureola para el gandul.

¡Qué bien la lanza sobre el zaguero!
¡Cómo recorta por el rincón!